

Voces iberoamericanas

Rolando Cordera

Las voces, que dan cuerpo a esta oportuna edición de las conversaciones de Juan Ramón de la Fuente con seis distinguidos latinoamericanos, son portadoras de mensajes reflexivos, susceptibles de incorporarse al discurso mayor que de nuevo recorre América Latina y quiere combinar modernidad con tradición, democracia con equidad, desarrollo con justicia. La “Patria Grande” si se le permite.

Carlos Fuentes, Julio María Sanguinetti, Felipe González, Ricardo Lagos, Fernando Enrique Cardoso, Enrique Iglesias no forman un elenco de ocasión. Recogen y resumen experiencia y sapiencia, años duros y sinsabores en, desde y frente al poder, que dan cuenta de una historia política y social de larga data. Sus intercambios con el autor constituyen un auspicioso prólogo a una historia, a un relato, que del presente salte al futuro para reconstruirlo a partir de la amarga lección del pasado inmediato y de este abrumador presente continuo que cerca y mina los esfuerzos por saltar la trampa de un crecimiento mediocre, un desarrollo limitado y una democracia acosada por sus propios descontentos y por las ansias de unos extraños benefactores de dentro y fuera del continente que la entienden como una normalidad del todo ajena al cambio que implica la diversidad y la pluralidad tan duramente legitimadas.

Ninguna de las combinaciones nombradas es nueva ni le es ajena al coro que el autor pudo reunir y dar coherencia. Pero es claro que ahora, tras décadas de ajuste y cambio estructural para la globalización, deben inscribirse en una perspectiva histórica crítica que dé cuenta de las vicisitudes de la economía, de los abismos de la distribución social que rodean la democratización,

y del vaciamiento del discurso igualitarista primordial que inevitablemente promete la democracia moderna.

De aquí la necesidad de preguntar y preguntarse, como bien lo hace De la Fuente una y otra vez, por los encuentros y desencuentros de la economía, supuestamente modernizada por su globalización, con la política, pretendidamente homologada con los “nuevos mundos” del fin de la bipolaridad gracias a la democracia y la ciudadanía que emergen de la noche negra de las dictaduras, del abuso de la fuerza y del autoritarismo. Sin quererlo, el diálogo, propiciado por las preguntas y coronado por las consideraciones de Juan Ramón, nos llevan a más preguntas y silencios, de los que no siempre se hacen cargo sus invitados. La internacional de la empresa y del intelecto, que ha promovido Carlos Fuentes, no logra encontrar lo que para nuestro gran novelista es la clave de la historia latinoamericana: un lenguaje común que se nutre, sin renunciar a la innovación, de la tradición que produjeron Alfonso Reyes o Victoria Ocampo, el *Canto general*, *Cien años de soledad*, *La región más transparente* o, en otros planos, la gran renovación en el pensamiento histórico y social, económico desde luego, que hizo posible y en buena parte volvió idea la fuerza de la política, la convocatoria de Raúl Prebisch y sus compañeros de la “Orden Cepalina del Desarrollo” como la bautizara el gran economista brasileño Celso Furtado.

Hay historia y riesgo en cuanto al pensamiento, la teoría y no se diga la poesía o la ficción; y a este desafío histórico deben referirse y ante él validarse las voces de Iberoamérica que hoy pretenden orientar o reorientar a la región. Hay, en medio de tanto y tan abrupto cambio de piel, una con-

tinuidad y una corriente alterna que ordenan discurso y reflexión.

Fuentes habla de educación, Sanguinetti de seguridad, González de la democracia y sus retos, Lagos de las civilizaciones, Cardoso de la Universidad, Iglesias de economía y sociedad. Un hexágono tentador a la vez que riesgoso. De sus palabras y paréntesis puede sin duda tejerse un diálogo mayor que el continente reclama con urgencia a pesar de la real y aparente normalidad democrática que la viste.

La confusión entre espacio público y mercado lleva a la antipolítica que ha acompañado al canon neoliberal en nuestro continente y fuera de él. La deturpación de políticos y política por igual, como refiere el ex presidente González, lleva a una “desmoralización” de la política democrática y a una desmoralización de los políticos: al malestar no sólo en la democracia sino con la democracia, como lo advirtiera el PNUD hace cuatro años.

Las lecciones de esta investigación, sin embargo, no parecen haber llevado a muchas de las voces iberoamericanas que el libro resume, en este caso al propio Felipe González, a asumir la negación del vector idiosincrásico que debía haber condicionado el cambio estructural globalizador que siguió a la década perdida de América Latina, después del estallido de la crisis de la deuda externa que inauguramos en México en 1982. Sin atender a la historia, la estructura social y el carácter de las sociedades latinoamericanas, se corre el riesgo de incurrir en una polifonía banal, que busca similitudes en las democracias y el propio desarrollo de la región, “homologaciones”, para al final del camino llegar a la conclusión de que “no tenemos remedio” o de que el único camino es el de seguir sin descanso

los mandamientos de la nueva politología o del pensamiento único propugnado por el Consenso de Washington en su versión original o la ampliada.

No es el caso ahora discutir si el problema fue su aplicación dogmática, como dice el ex presidente español, o su recepción apresurada, su adopción más que su adaptación, con un extraño sentido de pertenencia, como lo señalara la CEPAL y su entonces Secretario Ejecutivo, José Antonio Ocampo: en realidad, cada día está más claro que la ruta de las reformas de primera, segunda, n generaciones, no lleva a ninguna parte buena o habitable.

Lo que hoy está en cuestión en América Latina es una búsqueda que pretende de nuevo ser histórica, que permita encarar la irritación masiva ante la injusticia social que de principio niega el código igualitarista de la democracia que a su vez pretende articular el discurso y la acción de sus pueblos y grupos dirigentes. Si algo pudiera dar un sentido congruente a las interpelaciones de Chávez, Correa, Evo Morales o Lula, pero también al descontento chileno con la desigualdad insoportable e impresentable de que han hablado algunos de sus políticos más preclaros y algunos dignatarios de su Iglesia católica, es la sensación intensa de que el momento del giro llegó, a pesar de que los rumbos alternos a la globalización del mercado unificado no estén claros ni bien señalizados.

De esto, me da la impresión de que González prefiere no ocuparse y por ello deriva en consideraciones genéricas sobre el código de la aceptabilidad de las derrotas o la invulnerabilidad de la democracia. O bien, a generalizaciones del todo discutibles por infundadas del tipo “la izquierda no se preocupa por cómo generar riqueza, sino sólo en redistribuirla” o “la derecha sólo se preocupa de cómo se crea riqueza, pero a cada rato se le olvida cómo redistribuir, siempre espera tiempos mejores”.

Qué bueno que el entrevistador-autor del libro recupere la preocupación del PNUD por el estado de la democracia y lleve a González a admitir la importancia de la distribución para la calidad y el propio ritmo del crecimiento. Y para la democracia que él se empeña en ver y entender como inmanente, despojada de todo sentido histórico y estructural.

La aventura del desarrollo latinoamericano está cargada de desventuras y desengaños. No sólo de buenas intenciones está empedrado nuestro camino sino de “leyendas negras”, como la que acompañó la implantación a ultranza del neoliberalismo y a la creencia en las virtudes teologales del mercado único. La democracia de la región no ha podido derribar estas barreras mentales, aunque haya que admitir que la varianza de esta experiencia es grande: no es lo mismo Lula o la Concertación chilena, que la obsecuencia de Hernández de Losada o el desparramo de Menem o, ¿cómo llamarlo?, “el vacío rodeado de palabras” con que el pintor Chávez Morado describió al presidente Fox.

Lo que estas voces tienen que llevarnos a buscar, sin juicios sumarios ni descalificaciones de las ideas que nutrieron nuestra tradición cultural, como su supuesto anacronismo ideológico, económico o político, son las raíces y la racionalidad histórica (no sólo instrumental), de los experimentos recientes que en sus extremos, si así se quiere verlos, encarnan Chávez o Evo. Sin una reflexión radical sobre el significado actual e histórico del mote de “Extremo Occidente” que el estudioso y diplomático francés Alain Rouquier nos adjudicó hace unos lustros, o el del “continente olvidado” que nos asestó Michael Reid de *The Economist*, la celebración de la democracia alcanzada o más aún, la “fantasía organizada” a que convocaba Celso Furtado en sus recuerdos de la “orden cepalina del desarrollo” no tendrá visos de recrearse y renovarse, volverse lección para el mundo, convocatoria cosmopolita desde una recuperación de la “posición de América”, como lo propuso sabiamente don Alfonso Reyes y lo quiso volver realidad don Raúl Prebisch.

Las voces recogidas en este libro se dan en ámbitos distintos a los que rodearon las de Reyes, Henríquez Ureña, Neruda, Prebisch o Furtado, pero no pueden soslayar ni evadir su eco portentoso. Los caminos se bifurcan, diría Borges, pero la visión sigue puesta en la idea maestra, llena de fuerza de nuevo aunque igualmente esquiva, de un continente que hereda lo mejor de la Ilustración pero se resiste a caer víctima de sus imaginérfas destructivas, como las que han prometido una globalización sin naciones ni historias ni herencias, y

una democracia sin adiposidades culturales ni tradiciones comunitarias.

No en balde ni de pasada, el economista Enrique Iglesias recuerda la importancia central de la cultura, el gran déficit en lo social y la relevancia crucial del Estado y su reforma. Es en este triángulo, cultura, injusticia social, Estado, donde podamos encontrar el Hilo de Ariadna de un desarrollo que de esquivo pasó a perdido, para luego establecerse en un ciclo de lento ritmo, desigualdad afianzada como forma de vivir de sociedades enteras, y de ilusiones en un mercado global cada día más segmentado y concentrado, alejado de sus ilusorias promesas de eficiencia y equidad modernas.

Bien venido el diálogo entre y dentro de las civilizaciones que desde la globalización y la democracia puede invitarnos a buscar de nuevo la realización de esta América potencial que ansiaba Reyes: “ésa en que esperamos que la raza humana goce y disfrute íntegramente la misma luz de alegría y belleza. América aparece allí como el terreno más propicio para heredar y fundir las culturas anteriores, en un sentido de universalidad hasta hoy no alcanzado. En procurarlo está la norma evidente de nuestra conducta”. (“Significado y actualidad de ‘Virgin Spain’”, en Alfonso Reyes, *Posición de América*, Nueva Imagen, prólogo de Marta Robles, México, 1982). **U**

Juan Ramón de la Fuente, *Voces de Iberoamérica*, Taurus, México 2007, 112 pp.

